

NOSOTRAS, LAS HEROÍNAS

Juliana Penagos
Montoya



No hay adolescencia sin rebeldía. No se puede pasar una por la vida siempre obedeciendo y haciéndolo todo bien, menos si se es joven, menos aún si vivís en Cali, la ciudad que espera pero que jamás abre las puertas a los desesperados. El ímpetu adolescente se engendra en el momento mismo que se descubre el turbio entramado de prohibiciones, buenos modales y expectativas puestas en nosotras, en cada generación que de una forma u otra ha partido alguna noche en búsqueda de la degeneración.

Aquellas que no experimentaron una porción del ímpetu juvenil no tardarán en lamentarse, en renegar de su mojigatería, en arrepentirse de no haber sido temerarias sino temerosas de su propia condición.

Encontrarse con Andrés Caicedo, parte del programa de literatura del colegio donde una estudió, es sin duda un privilegio. Escrutar su obra, releer los pasajes que escribió hace tanto sobre la ciudad que habitamos, es casi frenético. La cantidad de referencias que hace Caicedo a las mujeres jóvenes, que están envueltas en el agite de esta ciudad veloz, rumbera y violenta, sin duda conduce al lector o lectora a pensar en que hay un interés especial del autor en ellas, en nosotras.

Andrés, el anacrónico, como lo describe el escritor chileno Alberto Fuguet, se hace acreedor a ese calificativo especialmente por escribir con la voz de una mujer (o de varias mujeres), con las que nos identificamos muchas, pues somos y seremos muchas en esta Cali y en otras ciudades.

Bien se dice, que en cada uno de los personajes de la novela ¡Qué viva la música! Hay una parte de Andrés, lo

“ La cantidad de referencias que hace Caicedo a las mujeres jóvenes, que están envueltas en el agite de esta ciudad veloz, rumbera y violenta ”

que se hace evidente para el lector o la lectora que se haya dedicado a investigar al autor. Pero María del Carmen Huertas, y el autor lo deja explícito en la novela, es aquella que representa más y de mejor manera la inconformidad de Caicedo con su clase, con su familia, con la sociedad norteña de la que jamás pudo salir, de la que fue víctima pero también verdugo.

Las referencias que hace en su obra al Norte de Cali, el mismo que yo habito, siempre apuntan a la desolación, el inconmensurable tedio de los adolescentes norteños, especialmente de las adolescentes, que vivían ese mundo de piscina, fiestas, novios y cine light. Tan corrosiva es la sociedad del norte, que engendra asesinos y pendencieros, quienes cansados de ser incomprendidos optan por un destinito fatal.

María del Carmen, a diferencia de su amiga, la legendaria Mariángela, desafía su condición, logra sobrevivir al terrible norte y toma el rumbo de la rumba, que solo queda camino al Sur.

“ Andrés plasmó la heroína que fue capaz de desclasarse, de cambiar todo por la música, de experimentarlo todo y vivir para contarlo ”

Escuché en alguna ocasión, que el final de M.C.H. fue trágico, que Andrés castigaba a su heroína con un turbio desenlace, después de lo bien que la había pasado la mona, se merecía un triste final ¿una suerte de moraleja? Como si ella en algún momento de su entretenido relato, renegara de todo lo que vivió después de conocer la salsa y el Sur, si todo eran risas, guaguancó, noches largas, río y amores bien hechos, nada que envidiarle a sus amigas del nortecito. Pienso yo, que queda claro que terminar de prostituta en esa “agitada cuarta con quince” es el triunfo de María del Carmen, ella los ve a todos desde ese cuarto con espejo a 20 pasos de la rumba, siempre temeraria y satisfecha del rumbo que cogió.

Si lo peor que podía ser una pelada del nortecito, de Versailles, estudiante nada más y nada menos que del Liceo Benalcázar era terminar de puta, pues ahí estaba ella. No es una espiral de decadencia la que experimentó María del Carmen a lo largo de la novela, sino, una senda de música y éxtasis que

la condujo al Sur. El ímpetu de María del Carmen, que comenzó un sábado de agosto, cuando quebró su horario y tomó un rumbo sencillo pero de consecuencias extraordinarias, lo reconozco en nosotras.

En María del Carmen, también en Mariángela, mejor dicho, en todas, Andrés plasmó la heroína que fue capaz de desclasarse, de cambiar todo por la música, de experimentarlo todo y vivir para contarlo, estar “siempre viva” en su relato.

El monólogo que se encuentra en las últimas páginas de ¡Qué viva la música!, dice Rosario Caicedo, proviene de los diarios de su hermano. Andrés fue consecuente con lo escrito en esas páginas, y aunque su María del Carmen no se suicida en la novela, si termina triunfante, vital y enérgica, nunca en derrota. Andrés se suicida en Cali, el 4 de marzo de 1977, el día que llega a sus manos la primera copia de su primera novela. Andrés también termina en triunfo, no en fracaso.

Termino por donde comencé, la toxicidad de nuestros entornos, el agite de esta ciudad oscura y flagelante, los destinitos fatales hechos a la medida de la burguesía y de su vulgaridad, nos hacen acreedoras al derecho y al deber de ser rebeldes, provocadoras, salir triunfantes y gozar cada instante de toda esa revolución para poder seguir siempre vivas y servir de ejemplo.

Juliana Penagos Montoya